Epoca IV — Barcelona 31 de marzo de 1915 — Número 253

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Manifiesto Anarquista Internacional

La Europa en sangre y fuego; una docena de millones de hombres destrozándose en la carnicería más espantosa que registra la historia; centenares de millones de mujeres y niños en duelo; la vida económica, intelectual y moral de siete grandes naciones en suspenso; la amenaza cada día mayor de nuevas complicaciones militares; tal es, desde hace siete meses, el espectáculo odioso que nos ofrece el mundo civilizado.

Este cuadro de horror no sorprende, cuando menos, a los anarquistas. Para ellos no ha existido nunca la menor duda—y los terribles acontecimientos de hoy fortalecen nuestra aserción—de que la guerra existe en gestación permanente en el organismo social actual y que el conflicto armado, local o general, colonial o extranjero, es la consecuencia natural y el desenlace necesario de un régimen que tiene como base la desigualdad económica de los ciudadanos, que reposa sobre el antagonismo salvaje de intereses y que coloca a los laboriosos y los útiles bajo la dura y humillante dependencia de una minoría de parásitos, detentadores a la vez de los poderes político y económico.

La guerra era inevitable; todo tendía a su realización. Porque no impunemente desde medio siglo se preparan febrilmente los más formidables armamentos y se aumentan constantemente los presupuestos destinados a destrucción. No se trabaja por la paz esforzándose sin reposo en el perfeccionamiento del material de guerra ni tampoco manteniendo en tensión todos los espíritus y todas las voluntades con el objeto exclusivo de alcanzar el grado de organización más complejo y el funcionamiento de la máquina militar.

Por lo tanto, es ingenua y pueril, después de haber multiplicado las causas y las ocasiones de los conflictos, buscar o establecer las responsabilidades de tal o cual gobierno. No hay distinción posible entre las guerras ofensivas y las defensivas. En el conflicto actual, los gobiernos de Berlín y de Viena se han justificado con documentos no menos auténticos que los gobiernos de París, Londres y Petrogrado. Unos y otros continuarán dando a la publicidad los documentos más indiscutibles y los más decisivos para probar su buena fe y presentarse como los inmaculados defensores del derecho y de la libertad, como los campeones decididos de la civilización.

¿La civilización? ¿Quién, pues, la representa en este momento? ¿El Estado alemán con un militarismo tan formidable y poderoso, que ha matado en su germen todo intento de rebelión? ¿El Estado ruso cuyos solos medios de persuasión son el knout, el cadalso y la Siberia? ¿El Estado francés con Biribi, las sangrientas conquistas de Tonkín, Madagascar y Marruecos y el reclutamiento forzado de negros? ¿Francia, que retiene en sus prisiones, desde hace años, a compañeros por el solo motivo de haber hablado o escrito contra la guerra? ¿Inglaterra que explota, divide y mata por el hambre y oprime a los pueblos de su inmenso imperio colonial?

No. Ninguno de los beligerantes tiene derecho a ufanarse de la civilización, como tampoco a declararse en estado de legítima defensa.

La verdad es que la causa de esta guerra que ensangrienta los campos de Europa, como las de todas las guerras precedentes, radican únicamente en la existencia del Estado, que es la forma política del privilegio.

El Estado ha nacido de la fuerza militar, se ha desarrollado sirviéndose de la fuerza militar, y es en esta fuerza donde debe lógicamente apoyarse para mantener su poderío. Cualquiera que sea la forma que revista, el Estado no es otra cosa que la opresión organizada en beneficio de una minoría de privilegiados. El conflicto actual lo prueba de una manera sorprendente; todas las formas del Estado encuéntranse comprometidas en la guerra presente; el absolutismo, con Rusia; el absolutismo mitigado de parlamentarismo, con Alemania; el Estado dominando sobre pueblos de razas muy diferentes, con Austria; el régimen democrático constitucional, con Inglaterra, y el régimen democrático republicano, con Francia.

La desgracia de los pueblos—que, no obstante, estaban profundamente adheridos a la paz—ha sido la de haber tenido confianza ciega en el Estado, en sus diplomáticos intrigantes, en la democracia y los partidos políticos, aun los de oposición, como el socialismo parlamentario, para evitar la guerra. Esta confianza ha sido intencionadamente traicionada, y continuará siéndolo en tanto que los gobernantes, con la ayuda de toda su prensa, persuaden a sus pueblos respectivos de que se trata de una guerra de liberación.

Nosotros estamos resueltamente contra toda guerra, y en los países neutros como Italia, donde los gobiernos pretenden arrojar nuevos pueblos a la hoguera de destrucción, nuestros compañeros se han opuesto, se oponen y se opondrán siempre a la lucha fratricida.

La misión de los anarquistas, cualquiera que sea el lugar y posición que ocupen en la tragedia actual, es la de continuar proclamando que no hay más que una guerra de liberación posible: la que en todos los países hacen los oprimidos contra los opresores, los explotados contra los explotadores. Nuestra misión es la de llamar a los esclavos a la revuelta contra sus amos.

La propaganda y la acción anarquista deben dirigirse con preferencia a debilitar y desintegrar los diversos Estados, a cultivar el espíritu de rebeldía y a desarrollar el descontento en los pueblos y los ejércitos.

A los soldados de todos los países, que combaten por la justicia y por la libertad, debemos explicarles cómo su heroísmo y su valor no servirán más que para perpetuar el odio, la tiranía y la miseria.

A los obreros de las ciudades debemos recordarles que el fusil que hoy empuñan sirvió otras veces para fusilarlos en ocasiones de huelga y de legítima revuelta, y que una vez la guerra concluída, se volverá contra ellos para obligarlos a sufrir la explotación patronal.

A los campesinos mostrarles que después de la guerra se verán forzados a encorvarse otra vez bajo el yugo para labrar las tierras de sus señores y alimentar a los ricos.

A todos los parias, que no deben soltar sus fusiles sin haber ajustado cuentas con sus opresores y tomado posesión de los campos y las fábricas.

A las madres, compañeras y doncellas, víctimas de la miseria en exceso y de las privaciones, decirles quiénes son los verdaderos responsables de sus dolores y del asesinato de sus padres, hijos y maridos.

Nosotros debemos aprovechar todos los movimientos de revuelta, todos los descontentos, para fomentar la insurrección, para organizar la revolución, de la cual esperamos el fin de todas las iniquidades sociales.

¡Que no haya ningún desaliento ni aun ante una calamidad como la guerra actual!

En períodos tan agitados, en los cuales millones de hombres sacrifican su vida por una idea, es cuando se hace necesario que nosotros mostremos a esos hombres la generosidad, la grandeza y la belleza del ideal anarquista; la justicia social realizada por la organización libre de los productores; la guerra y el militarismo suprimidos para siempre; la libertad entera conquistada por la destrucción del Estado y de sus organismos de coerción.

¡Viva la Anarquía!

Nota: No publicamos las firmas por su mucha extensión, y porque van en el manifiesto que, en hojas sueltas, hemos dado a la publicidad.

El Congreso del Ferrol

La idea de la celebración del Congreso Internacional del Ferrol, sigue despertando el mismo entusiasmo de los primeros días, y es que a medida que se acerca la fecha de su celebración se siente más la necesidad de dicho acto.

El Ateneo Sindicalista del Ferrol puede estar satisfecho de su iniciativa.

En reunión celebrada en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de la Paloma, a la que asistieron la mayoría de las sociedades de la capital y algunas de la región, se acordó que la organización obrera estuviera directamente representada por cinco delegados, que ya fueron nombrados, sin perjuicio de ampliar el número, si las cantidades que se han de recaudar lo permiten.

La Federación de grupos anarquistas de la región catalana también reune fondos para estar directamente representada; el grupo "Sin nombre", de Sabadell, también tiene nombrado su representante, así como el grupo editor de Tierra y Libertad.

Tenemos noticias de que otras localidades de Cataluña también hacen gestiones para enviar delegado a dicho Congreso.

En las demás provincias no es el entusiasmo menor que en la región catalana.

Los compañeros de Manzanares han publicado un vibrante manifiesto dirigido a los trabajadores manchegos, en favor del Congreso del Ferrol y al pie del manifiesto hay una nota convocando a las sociedades y centros obreros sin distinción de clases o categorías, ideas políticas o religiosas, de la provincia de Ciudad Real, a la reunión que ha de celebrarse en Manzanares el 15 de abril (1).

Como creemos que de la celebración de este Congreso pueden derivarse orientaciones que hagan acelerar el advenimiento de la paz, esperamos que el proletariado español llevará una nutrida representación, que hará ostensible, por medio de sus acuerdos, su deseo y sus propósitos de que la actual matanza termine.

(1) Para cuanto haya que solventar referente a este asunto, dirigirse a Juan José Carrión, calle de Toledo, 27, Manzanares.

AFIRMACIONES

El artículo "Orientaciones", inserto en el número anterior de Tierra y Libertad, ha dado lugar, entre los compañeros, a vivas discusiones sobre si es o no viable por ahora la huelga general.

Uno de ellos ha prometido que habrá polémica amigable y cortés, si nosotros seguimos, como en el artículo en cuestión, *haciendo gala de una candidez y de una ingenuidad sin precedentes.*

Estimando que conviene al interés de las ideas aceptar el reto o invitación—sea ello lo que fuere—, nos apresuramos a consignar nuestro criterio saturado de cándido optimismo, para que aquéllos que lo impugnan puedan con doble facilidad desvanecer nuestros errores.

***

Los que declaran imposible la realización de un movimiento revolucionario que por su empuje poderoso sea capaz de transformar la organización presente, se fundan en que la clase obrera no se encuentra en las condiciones morales e intelectuales necesarias al buen funcionamiento de una sociedad sin gobierno.

Decirles a los hombres que para llegar mañana a ser libres, a vivir sin tutores, sin pretores, sin cadenas, es indispensable que *antes* se eleven moral e intelectualmente, es un error funesto.

Hablando así estamos en contradicción con nosotros mismos, ya que afirmamos implícitamente que el individuo determina la sociedad, cuando en realidad no es más que un efecto perfectamente determinado por ella.

La cuestión fué ampliamente discutida cuando el determinismo, que hoy aceptamos todos porque está comprobada la exacta verdad de sus principios y sus leyes, no había salido aún de su estado embrionario.

Por lo mismo, es sorprendente y doloroso que sea resucitada hoy que se encuentra establecida con precisión casi matemática la parte preponderante que en la determinación del individuo toman las instituciones sociales a base autoritaria.

El individuo no puede—aun cuando esté dotado de una inteligencia privilegiada, de una voluntad potente y de sentimientos elevadísimos—sustraerse a los efectos de ese determinismo.

Y esa imposibilidad absoluta en que se encuentra de superar las instituciones que inutilizando cuantos estuerzos haga para evitarlo lo modelan a su antojo, debe ser considerada el principio fundamental de nuestra justificación revolucionaria.

Sin ese elemento, las figuras más salientes de la tendencia anarquista no habrían nunca proclamado que la revolución material debe necesariamente preceder a la intelectual, y que, por consiguiente, la segunda, será el resultado natural e inmediato de la primera.

¿Se trata de invertir los términos en que el problema está planteado? Digámoslo una vez más. Para nosotros hay una cuestión y una sola manera de resolverla. Hay un ideal y un solo medio de realizarlo.

Para que nuestra propaganda conserve intacto todo el imperio de su lógica, surta cuanto antes los efectos apetecidos y concuerde con las aspiraciones y con las impaciencias que la mueven y constituyen su razón de ser, tenemos que decirle al pueblo que si quiere estar seguro de alcanzar *mañana* su pleno desarrollo moral e intelectual, es preciso, necesario, indispensable, que *antes* rompa las cadenas, destruya las instituciones, hunda el poder absorbente del Estado.

La esclavitud es a las instituciones actuales lo que la sombra al cuerpo.

El hombre es esclavo porque existe la autoridad.

La Revolución Social es el único medio infalible de acabar con ella.

Hablando otro lenguaje negamos el determinismo, nos apartamos de la verdad, retrasamos el advenimiento definitivo de la sociedad que hemos soñado.

No hay quien sea capaz de salir de este círculo de hierro, sin romperse el craneo contra la circunferencia.

O se acepta la posibilidad de la Revolución Social inmediata a pesar de la ignorancia, de la incultura, del embrutecimiento del pueblo, o se reconoce tácitamente que las leyes son un elemento educativo, y la autoridad un factor de evolución.

Esto, venga de quien venga, es una heregía científica. Una puñalada al corazón del determinismo.

El individuo es ignorante, abyecto, traidor, asesino, resignado, porque las leyes y la autoridad lo determinan de ese modo.

Suprimamos antes que todo, con un esfuerzo, las causas que lo deforman, y entonces veremos que las ligaduras ancestrales y los sedimentos atávicos que los siglos vividos bajo la férula autoritaria cristalizaron en su cerebro, desaparecen gradualmente.

Entonces el individuo podrá aprovechar, asimilarse los beneficios positivos de todas las conquistas de la inteligencia, de todas las bellezas del arte humano.

Entonces surgirán nuevos principios éticos que como una fiebre ardiente del corazón y del cerebro, despertarán sed de saber, ansias de amor, deseos vehementes de elevación.

Y el hombre seguirá en progresión ascendente la anchurosa vía de su perfeccionamiento moral e intelectual sin solución de continuidad.

Tan sólo la práctica de la más completa libertad—de esa libertad que únicamente podrá gozar después del hundimiento de las instituciones que le esclavizan, y cuya tendencia existe en todos los seres organizados, ejerciendo sobre él sus naturales prerrogativas con la persistencia tenaz de su instinto genésico, conseguirá centuplicar el dinamismo de sus fuerzas morales, elevándolo incesantemente.

***

Estas afirmaciones, que ya otra vez, hace dos años, quedaron sin contestar en una polémica, memorable para el que esto escribe y para los compañeros de una pintoresca ciudad italiana, podrían ser el principio de una discusión, en la cual estudiáramos con detenimiento los resultados que pueden esperarse del Congreso del Ferrol.

EUSEBIO C. CARBO

S. F., Rambouillet.—As tu reçu la lettre des camarades organisateurs du Congrès pour la Paix? Ils sont désireux le savoir.

¿Qué ocurre en Gijón?

La prensa burguesa ha publicado el siguiente telegrama:

"Con motivo de los atropellos cometidos por la guardia municipal, las Sociedades obreras celebraron un mitin, y veinticuatro horas después, en virtud de una delación que los obreros suponen falsa, el juez ordenó a la policía que fuese a buscar a sus domicilios a los oradores del mitin.

Como era de noche, la policía se negó a efectuar la diligencia sin mandamiento y entonces el juez llamó al jefe de la guardia municipal y éste se prestó a practicar la diligencia. Fueron presos los obreros Pedro Sierra y Marcelino Suárez, que ya estaban acostados, pues eran las doce de la noche, ingresando en la cárcel a la una de la madrugada. Al día siguiente fué detenido otro orador, Laureano Piñeira, y ayer ingresó en la cárcel otro, Manuel González, que estaba en cama desde el domingo."

El atropello, tal como dice la anterior nota, no puede ser más manifiesto.

Y es que en Gijón, el mayor feudo de la burguesia española, todo está permitido a las autoridades, cuando se trata de procesar o encarcelar a los obreros más significados por su capacidad y por su actividad.

Todavía no hemos olvidado la actuación de aquel juez que, a pesar de tratarse de pequeños delitos de imprenta, dictaba auto tras auto de prisión, pidiendo como garantía para la libertad de los procesados un porción de miles de pesetas.

Mucho tememos que todo ello no tenga otro objeto que dificultar la publicación de *Acción Libertaria*, de cuya redacción forman parte los compañeros Pedro Sierra y Marcelino Suárez. No sería la primera vez que esto se intenta, aunque con poco resultado, pues todas las *combinaciones* se estrellan ante la tenacidad y convicción de nuestros amigos.

De todos modos, el hecho es lo bastante significativo. ¿Por qué el juez, en vez de entregar el auto de detención a la policía, renuncia a ello y acude a la guardia municipal para que realice el atropello? ¿Qué interés tenía el juez en que se realizara la detención en esta forma?

A la hora de escribir estas líneas no tenemos más noticias que las de la prensa burguesa y esperamos tenerlas directas, por lo que nos abstenemos de más comentarios.

El vocabulario de los pendencieros

Cuando discuten dos o más personas, la que más grita y más palabras duras e insultantes emplea, es la más inculta y la que menos razón tiene. Suple con groserías y autoritarismos lo que le falta de potencia argumental. La rabia de ver patentizado su error o su picardía, y la carencia de sinceridad y sobra de pretenciosidad, para reconocer la verdad y declararla, hacen caer a tal persona en el disparate más contradictorio, en la agresividad más injusta, en el dictatorismo más bilioso.

De ello me ha persuadido, más de lo que ya lo estaba, la carta de Malato al compañero V. García, publicada en un artículo de éste, en el número 240 de Tierra y Libertad.

Dígaseme sin pasión si el lenguaje de esa carta, no es el mismo lenguaje acometedor, ilógico, enfático y bravucón de los curas, de los gobernantes, de los militares, de los policías, de los capitalistas y de los barateros, de cuantos defienden a la sociedad presente y de defenderla viven. ¿Cuándo se ha expresado así Malato, ni aun siquiera para combatir a nuestros comunes enemigos, hoy amigos suyos, los representantes de la religión, de la propiedad y de la autoridad? Confieso con toda franqueza que jamás encontré, en cuanto leí escrito por Malato, nada semejante.

Y sino veamos, mediante la copia de algunos renglones de dicha carta.

"Los que "afirman" que se ha vendido la *Batalla Sindicalista*, como los que insultan a Kropotkine, son imbéciles o víboras."

¡Excelente manera de razonar! ¿Qué hay aquí más que injuria pura?

"¡Podéis hablar de la "realidad anarquista," vosotros que habéis hecho de la anarquía un sueño de impotentes, una religión metafísica, ignorando todo lo de la realidad y de la vida!" ¿No es esa la fraseología de los políticos mafiosos, de los falsos individualistas con humos de superhombres, y de cuantos, llamándose avanzados, pretenden impugnar la utopía anarquista? ¿Qué claudicado del anarquismo no se explicó siempre, de ese mismo exacto modo, al procurar inútilmente ocultar su claudicación, con uno o con otro barniz? ¿Se halla en el parrafito otra cosa que palabrería de la más hinchada y que sofisma de lo más tosco?

"El manifiesto es un montón de fórmulas vacías, de *clichés* y de dogmatismo místico." Todos los que han tratado de refutar el anarquismo, el *sueño anarquista*, por demasiado hermoso e ideal y lejano, nos han llamado místicos, a los anarquistas conscientes que no evolucionamos. Nada importa que nos lo llame uno más. El calificativo es